

FOUL-TÁCTICO

Número 4, Buenos Aires, 2 de noviembre de 2003.

Editores responsables: Matías Gutiérrez Reto, Rolando Martínez Mendoza y José Luis Petris.

Sugerimos la impresión de esta revista para su lectura. Son en total cuatro páginas.

Nuestra dirección de e-mail es foultactico@yahoo.com.ar

Puede escribirnos a ella solicitando recibir sin cargo ni compromiso alguno los próximos y/o anteriores números de la revista. También puede enviar a ella sus comentarios, molestias, elogios, respuestas y/o colaboraciones espontáneas.

Esta revista posee una única regla: sólo se publicarán artículos que no superen las 500 palabras.

Sumario:

Chicas Cosmo por Rolando Martínez Mendoza

Desmejora la luz por Matías Gutiérrez Reto

Cárceles televisivas por Raquel San Martín

1984 por José Luis Petris

Correo de lectores: José Carrasco, Oscar Steimberg

Chicas Cosmo

Rolando Martínez Mendoza

Desde hace unos años se señala la existencia de una nueva mujer. Estas señoras y señoritas son buenas, comprensivas, emprendedoras, inteligentes, peleadoras, dulces, graciosas, se permiten dudar, tienen curvas, tienen cuerpo y, si uno se distrae, ingresan en tu vida sin pedir permiso. Son capaces de hacer bien un huevo frito, ganarnos una discusión y pedirnos, y a la vez esperar, un beso. Son mujeres reales. La mejor: Reneé Zellweger en *Jerry Maguire*. Yo me enamoro de estas chicas.

Pero, cuando este nuevo tipo de heroína aparece en géneros como el western, el cuento de hadas, el film de superhéroes o de aventuras, las cualidades señaladas se trastocan en discurso feminista.

Nuevas chicas que al convivir con las situaciones, los personajes, los temas de esos géneros, pasan a tener una voluntad verosimilizador y explicitan sus esfuerzos por pasar como verdaderas. Actúan según fórmulas ampliamente difundidas en los medios, siempre tienen una salida o explicación esquemática. Sufren. No saben nunca lo que quieren, aunque hacen lo posible para demostrar que sí saben. Nunca dudan y son poco flexibles. No son espontáneas. Son políticamente correctas e infinitamente aburridas.

El personaje de Drew Barrymore en *Por siempre: Cenicienta, una historia de amor* (1998) es amiga de Leonardo Da Vinci (?), repite una y otra vez que le gustan los libros, lleva a caballito al príncipe (siempre fue bastante idiota este príncipe que solo reconoce a la mina que le gusta porque le entran los zapatos) y sabe espadear aunque torpemente.

Arwen (Liv Tyler) en la saga cinematográfica de *El señor de los anillos* (2001/2003) no es el personaje mágico que toma la decisión voluntaria y conciente de abandonar la inmortalidad por amor. Es una mujer sin matices, seria, mandona y terminante en lo que dice y hace. Sabe blandir una espada, pero no de manera elegante.

La pirata (1995) de Geena Davis es otra espadachina que cancherea buscando un tesoro escondido. Es autosuficiente y todo el tiempo lo demuestra. Nada, corre, trepa, es una atleta perfecta con un cuerpo de gimnasio e insulta como si esa fuera su manera de decir "viste, soy muy guarra".

Las protagonistas de *4 mujeres y un destino* (1994) cuya "única manera de sobrevivir es mantenerse unidas" viven sufriendo y embarrándose y quejándose y tratando de generar entre ellas un clima de grupo de autoayuda. No tienen espadas, tampoco usan muy bien sus colts.

A esta lista se suman las superheroínas de "Bird of prey" y las insatisfechas crónicas de "Sex and the city".

Ninguna de ellas se emparenta con Modesty Blaise, Grace Henrichsen o Emma Peel. Tampoco están en la línea de Shena, la Batichica de Ivonne Craig ni de Lara Croft. Y muy lejos de esas Chicas Superpoderosas que son las actuales Charlie's Angels.

Por el contrario, son nuevas chicas en viejos géneros que siguen a pie juntillas los consejos de las conductoras y opinólogas de *Cosmpolitan Television*, o su vertiente académica Los estudios sobre género. A estas Chicas Cosmo las prefiero como amigas. Ni tampoco.

Desmejora la luz

Matías Gutiérrez Reto

"Descargó por la izquierda, llega hasta el fondo... Centro pasado al segundo palo. Ahí está... ¡Arriba del travesaño!". El juego se detiene y una breve pausa comercial quiebra por un instante el relato vertiginoso del partido. El relator cede la palabra a un locutor que arremete con "La luz mejora la vida" y destaca de inmediato "Osram mejora la luz".

La insistencia con que se emitía este comercial radiofónico durante las transmisiones deportivas de seguro no es la única causa por la que se lo recuerda tanto. Con sus escasos segundos de duración fue una pequeña obra maestra.

Su texto íntegro es un ejemplo perfecto de razonamiento (o silogismo) retórico. La deducción retórica es una lógica degradada cuyas demostraciones no requieren ser lógicamente válidas, sino tan sólo parecerlo. Las premisas no son necesariamente verdaderas sino verosímiles. A diferencia de lo que ocurre dentro de los dominios de la lógica, donde lo verdadero tiene carácter universal y/o necesario, lo verosímil supone una cierta verdad general, algo que resulta preferible a los ojos de un grupo social, o de la opinión pública.

Las deducciones cotidianas (retóricas) suelen ser elípticas: pueden prescindir de alguna de las premisas o de la conclusión. En el caso de *Osram*, la conclusión "Osram mejora la vida" no era enunciada, con lo que la apelación ganaba en fuerza persuasiva.

Pese a su brevedad, el comercial de *Osram* era categórico. La premisa mayor del comercial ("La luz mejora la vida") tenía todo el aspecto de lo verdadero y universal. Por otro lado, si se recupera la conclusión, el razonamiento tiene una estructura análoga a los razonamientos lógicamente válidos, aunque no lo sea. Breve y categórico, el comercial era poesía hecha lógica.

La publicidad actual de *Osram* se comunica a través de afiches en vía pública. En uno de ellos se ve una fotografía de un cuarto, una cama de dos plazas, con veladores encendidos a cada lado, sobre sendas mesas de luz. El texto señala: "Con *Osram* se ve mejor". El tono de la apelación ha cambiado, más que categórica, la apelación suena susurrante. El modo de persuadir ya no es la deducción sino la inducción retórica: se muestra un ejemplo de uso de las bombitas *Osram*.

La publicidad nueva es susurrante porque apenas dice algo más que lo que cualquier comercial debe dar a conocer: la excelencia del producto que publicita. Uno tiene la sospecha de que si no fuera por el recuerdo del viejo comercial de radio, los nuevos afiches de *Osram* serían poco menos que un susurro perdido en el barullo atonal del tráfico de Buenos Aires.

Con seguridad las bombitas seguirán iluminándonos hasta el lejano día en que otra innovación reemplace la creación de Edison. La publicidad sufrirá en el futuro cambios semejantes a estos pero, evidentemente, en el caso de *Osram* una imagen vale mucho menos que nueve palabras.

Cárceles televisivas

Raquel San Martín
Periodista

De todos los márgenes que la televisión se ha propuesto transitar últimamente –pobres en sus múltiples versiones, cartoneros, piqueteros, travestis, locos–, la cárcel se ha vuelto el lugar más común. Hasta hace poco, la prisión se mostraba desde afuera: era un muro descascarado con ventanas estrechas y enrejadas a través de las cuales los presos gritaban sus reclamos, o de las que se escapaba el humo de los motines. Ahora, la cárcel es un espacio que cualquier televidente más o menos dedicado puede describir como si hubiera estado allí.

En estos abordajes recientes y obsesivos, la televisión –como es su costumbre– se ha mantenido más del lado de la ficción que del documental, y ha optado por intervenir más que por retratar. El pionero fue “Tumberos”, inimputable por haber nacido, crecido y muerto como ficción, que con vocación didáctica nos enseñó vocabulario, vida cotidiana, contraseñas y padecimientos de los presos al ritmo de la cumbia villera.

Enseguida, la no-ficción quiso su lugarcito y apareció “No matarás” (con discurso documental pero resultados de puesta en escena), el programa de María Laura Santillán que acaba de agotar trece capítulos. Su intención era sumergirse en las razones, esas que la razón no comprende, que llevan a alguien a matar por amor. Boleros en lugar de cumbia villera, entrevistas en escenarios neutrales, reconstrucciones, y la voz solemne de María Laura –desgranando los relatos en dosis estratégicas–, enmarcaron historias de presos-seres-humanos, acosados por los celos, ciegos por la obsesión, cansados del maltrato, todas situaciones conocidas que provocaban más empatía que condena.

Casi simultáneamente aterrizó “Pabellón 5” en *América TV*, donde la intención es meterse dentro de la prisión y contar su “vida real”, como si eso fuera posible con una cámara en el medio y Rolando Graña de relator. Con música de fondo muy similar a la de “Tumberos” (aunque esto no es ficción, no lo olviden) los televidentes se adentran en los laberintos descascarados de la cárcel.

La intervención más clara, finalmente, la hizo hace poco Juan Castro en “Kaos”, cuando sacó a pasear a una presa domiciliaria hasta la esquina.

Si se buscan razones para esta proliferación de presos en las pantallas, se podría apelar a la mímesis que suele desencadenar en los medios un contenido exitoso. Conviene, sin embargo, una mirada un poco más profunda: la televisión podría estar cumpliendo un verdadero servicio público, al satisfacer una curiosidad social. Si los delincuentes han dejado de ser la anomalía para convertirse en parte de la vida diaria, es comprensible que nos interese conocerlos de cerca para integrarlos en nuestro paisaje cotidiano. Por una vez, la televisión podría estar abandonando su rigidez para mostrar matices: finalmente, el delito tiene una explicación social y una cara humana.

1984

José Luis Petris

Es una imagen. Un vagón de subterráneos, todos sus asientos ocupados, nadie parado, todos sus pasajeros leyendo, leyendo el mismo diario. Es una imagen que me perturba.

Con algunas variaciones, muchos pudieron haber visto lo mismo en los subtes de Buenos Aires, a la tardecita. Mi imagen corresponde a la Línea D, a su estación terminal Catedral, a un día de octubre. Los asientos enfrentados, y el vacío en el amplio “pasillo” que separa a las dos únicas hileras de asientos, me mostró miradas que se negaban entre los pasajeros, que bajaban a las páginas de los ejemplares individuales de la misma edición del hoy gratuito diario *La Razón*.

Lo sabemos, la lectura es la niña mimada de la cultura. También sabemos que la televisión es una de sus hijas no reconocidas. Escuchamos muchas veces que la televisión dificulta el diálogo. Muchas veces nos dijeron que es patético que varias personas en un mismo espacio físico no se miren, no se hablen, que fijen absortos sus ojos a la pantalla de la televisión, la culpable.

Lo recordamos, acusaron a la televisión de dar todo “masticado”, a diferencia de la lectura que nos “obliga” a pensar. Lectura que nos arranca de la realidad para pasearnos por territorios fantásticos, inverosímiles, impensados, lectura que sorprendiéndonos nos ayudaría a comprender mejor esa realidad, a la que luego nos devuelve. Es decir, acusaron a la televisión de proponer consumos “fáciles”, como si fuera fácil acomodarse a las distintas propuestas de relación imagen-sonido que nos ofrece. Porque cuando leemos, sólo leemos, y con nuestros tiempos y nuestras pausas; es decir, pensamos al ritmo de nuestras posibilidades. Pero con la televisión estamos obligados a escuchar al mismo tiempo que al mirar, y mirar imágenes complejas y febrilmente cambiantes, y a veces hasta leer, y en el mismo momento comprender, sin posibilidad de relecturas, en tiempos que nos son ajenos.

Se acusó a la televisión de reemplazar a la sociabilidad por una individualidad de consumos acrílicos. Se nos acusó de no conversar y en su lugar de ver y no mirar televisión, de oír y no escucharla. Que si lo hiciéramos la abandonaríamos. Se nos invitó a la lectura.

Hay una imagen que me perturba. Muchos individuos en un mismo espacio físico negándose la mirada. Leyendo. Leyendo lo mismo pero de ejemplares individuales. Leyendo en silencio. Me perturba el silencio. Y me molesta no tener mi ejemplar para leer.

Correo de lectores

Sobre el artículo "Pica pica bajada cordón" de Víctor Miguel del número 3

José Carrasco

A la nota "Pica pica bajada cordón" firmada por Víctor Miguel en el número 3 de *Foul Táctico* me gustaría agregarle una variante que considero de alto valor comunicacional.

El picador de mi barrio incluyó en la famosa publicidad una "y" que separa (y al mismo tiempo une) a la repetición verbal "pica pica". Mi picador dice: "Pica y pica bajada cordón" con la misma caligrafía picapedrera que conocemos. "Pica pica" se acerca a la molicie de quien no ama su trabajo; sabemos que va a picar pero le duele hacerlo y lo demuestra con una desazón evidente: "pica pica". Es como decir "Y sí, yo picar pica, no tengo otro remedio". En cambio mi picador favorito no solamente pica, va más allá que eso. Mi vecino "pica y pica". No hay como bajarle el ánimo. Pica como cualquiera pero mucho más, pica y pica. Qué continuidad laboriosa, qué trabajador denodado. Trabaja y trabaja. No me distraigan que yo pica y pica. Entre cada picada no hay instantes que perder. Ni siquiera levanto la vista, pica y pica hasta acabar mi labor y es mejor que alguien me diga que ya terminó el garage porque sino yo sigo hasta la esquina y hasta la otra cuadra si no me detienen, porque yo pica y pica sin parar.

Sobre el artículo "Pica pica bajada cordón" de Víctor Miguel del número 3

Oscar Steimberg

Víctor Miguel escribió aquí (en el número anterior de *Foul táctico*) acerca de esa frase que siempre me pareció *un fierro* en materia de textos de calle. Seguramente por las razones que tan bien se dejan leer en el comentario, esa elipsis, esa reticencia lo dejan a uno con el estupor que produce la irrupción de algo así como un mensaje suficiente, grado 0 y grado ∞ de la información y la argumentación. Esa metonimia es una maza... Pero en algo yo debo tener el recuerdo invertido: me parece haber visto más "Pica pica bajada **de** cordón" que "...bajada cordón", como registra Miguel.

Tal vez me equivoque, pero en mi memoria esa es la versión que más vi en esos postes y esos árboles. Y si me equivoco, claro, será porque es la que le permite mejor a mi recuerdo volver y convocar a otros. Con el agregado del "de", en la versión que a mí me parece mayoritaria, la segunda parte de la frase baja a lo común de la prosa, y deja toda la escena al increíble comienzo del "pica pica", que pasa a constituir la única brevedad en obra, hemorragia de sentido (dijo alguien de la elipsis) que me lleva inevitablemente a otras frases, al ritmo narrado de otros golpes; por ejemplo, a los ligeros, musicales y largamente escolares que un poeta modernista –Ernesto Mario Barreda– hacía sonar en el taller del herrero. O a esos otros que una empeñosa memoria anarquista enseñaba a oír en historias sobre el trabajo y las marchas de los picapedreros de Tandil.

Y después está el nada que ver: pica-pica se llamaba un juego infantil con palitos que había que usar de punta, también una revista de humor político que salía durante el primer peronismo. Un cartel desviante, que para todos empezó por ser opaco y misterioso, nos tiene que echar en algún momento encima el *nonsense* polisémico de la circulación discursiva...

Pero volviendo: es cierto, hay tradición en ese pica pica. Lo que podría agregarse –y creo que esto no va en contra de la proposición de Miguel acerca de la singularidad de ese llamado– es que se trata de una tradición que no es la del clasicismo o la contención. Por sus salidas de caja y sus llamados a la conjetura interpretativa, el "pica pica" no sólo informa y ofrece: es un *mírenme, óiganme*... Y también un *recuerden*. En esos repiqueteos de charla de vereda hay una tradición pero no es, digamos, una tradición plácida. En ella no hay clasicismo, no hay preocupaciones por la discreción. La frase es directa pero, a lo largo de las décadas, no ha dejado de vibrar. Más allá de lo que haya pensado el primero que la dejó en el árbol o en el poste...

Aparte: qué bueno que haya un espacio para charlar sobre estas importantes cosas.